

## VII.

De regreso á Texcoco, la política de Cortés fué la de procurarse alianzas en las poblaciones enemigas de los mexica, cosa no difícil de alcanzar, si se tiene en cuenta la política de los tenochca y el dominio que habian alcanzado sobre todos sus vecinos; las rivalidades y el ódio que existian entre los pueblos del Anahuac, y sobre todo, las ventajas que habian alcanzado los españoles. Aunque el buen juicio de los pueblos jamas se equivoca, nunca faltan en el mundo hombres serviles que se pongan siempre del lado del vencedor. Esto sucedió con la nobleza de Chalco, la que fué á pedir proteccion á los conquistadores. Chalco era en aquel entonces una ciudad de gran importancia, casi siempre formidable enemiga del imperio mexica, lo que habia hecho que Cuauhtemoc mantuviese en ella una respetable guarnicion. Cortés aceptó gustoso la alianza de los chalcos, y ordenó á Sandoval saliese de Texcoco con parte del ejército para arrojarse de la ciudad á los mexicanos. Durante la marcha, Sandoval tuvo que sostener varios encuentros, y un sério combate que dió por resultado la ocupacion de la ciudad defendida.

No contento Cuauhtemoc con oponer una vigorosa resistencia á los avances del ejército español, quiso llevar sus ataques hasta el mismo Texcoco. Mil canoas, cargadas de guerreros, cruzaron el lago en busca de un combate. Cortés las atacó en su desembarco, tomó las semillas que iban á embarcar para Tenochtitlan y las llevó á Texcoco. Estas maniobras, dice Prescott, absorbian todas las fuerzas de Cortés, y ningunas le quedaban para proteger á sus aliados; mas á fin de no abandonar á ciudades que mucho podian favorecerle, ya no tanto con su alianza cuanto con su neutralidad, obró de manera que unas á otras se prestaran eficaz ayuda y defensa. Es decir, formó una alianza defensiva y ofensiva entre las ciudades que antiguamente eran rivales. De esta suerte, el imperio azteca bamboleaba sobre sus cimientos. Al conocerlo Cortés, hizo tentativas de arreglo con los mexicanos; y al efecto, y valiéndose de unos prisioneros nobles que tenia, dirigió á Cuauhtemoc una embajada, proponiéndole la rendicion de la ciudad y que el emperador siguiera ocupando el trono de México, cuyos habitantes serian respetados en sus vidas ó intereses. No era ya emperador el fanático monarca que algunos meses antes habia ofrecido franca hospitalidad á sus enemigos, y habia permitido en su persona los mayores atentados. Cuauhtemoc, indómito por naturaleza, patricio digno de figurar entre los mas notables de la Grecia, habia tomado á su cargo la defensa de su pueblo; y á las proposiciones del soldado español contestó con el silencio, y á sus promesas con la publicacion de decretos declarando á los españoles una guerra sin cuartel. A las alianzas que habíase procurado Cortés, opuso Cuauhtemoc otras nuevas, impidió con sábias disposiciones la insurreccion de algunos pueblos, rebajó á otros los impuestos, halagó á los descontentos haciéndoles ocupar distinguidos empleos; y dió muestras de tanta prudencia y energía, que á no ser las circunstancias tan difíciles, el pueblo azteca hubiera llegado á ser mucho mas grande y feliz. Pero la guerra y la conquista, crueles atormentadoras de los pueblos, no cabiendo ya

en la Europa, cerníanse sobre la América, como la maldición de un mundo sobre otro mundo.

Los desolados campos europeos no podían contener mas sangre, y era natural buscar otros donde derramarla. ¡Suelo infeliz de la América, tantas veces bañado con torrentes de sangre!

Mientras se ocupó Cortés de las operaciones de que hemos hablado, los bergantines construidos en Tlaxcallan fueren trasportados á Texcuco, en hombros de millares de indios, que inocente y candorosamente, por ódio á sus enemigos, contribuían así á remachar los eslabones de las cadenas de su servidumbre.

Trece buques de todas dimensiones habia construido Martin López, y todos ellos fueron recibidos en el cuartel general, con gran entusiasmo de los españoles y asombro de las gentes aliadas, que veían como sobrenaturales aquellas desconocidas máquinas.

Háse creído por algunos, que Cortés fué el primero en trasportar así sus bergantines; pero antes de él habíanlo ya hecho Annibal y Gonzalo de Córdoba. Hechos que sin duda conocía el conquistador, y que le inspiraron la idea que fué llevada á cabo con la mayor felicidad. Esto, sin embargo, no es desconocer el génio emprendedor del célebre Cortés.

Demoróse algo todavía la conclusion del canal para arrojar al agua los bergantines; y durante este tiempo, emisarios mexicanos, introducidos en el ejército español, trataron varias veces de incendiarlos, lo que obligó á Cortés á ejercer una gran vigilancia, y á no permitir mas que á sus soldados el acercarse á sus bergantines, en los que fundaba tantas esperanzas.

## VIII.

Desde entonces solo pensó Cortés en reconocer las inmediaciones de la populosa Tenochtitlan, y en destruir las pequeñas fuerzas mexicanas que guarnecían algunas ciudades, ó defendían importantes puntos de la montaña. Aunque estas maniobras fueron practicadas con sigilo á fin de engañar á los vigilantes tenochca, y aunque se tomaron toda clase de precauciones para ocultar los designios, no era fácil engañar á los aztecas que parecían adivinar los pensamientos de Cortés, y adelantarse á contrariar sus intenciones. Así, pues, pocas leguas habrían andado de Texcuco los españoles y sus aliados, cuando tuvo que emprenderse una seria escaramuza, que le dejó el camino expedito, pero cuyos combates tuvieron que repetirse en cuantas oportunidades creían favorables los mexicanos. Seguía á la columna de Cortés, por la parte de la laguna, una multitud de canoas cargadas de guerreros, y á cada desembarco era necesario sostener un nuevo combate. Así escoltado, aventuróse Cortés en la calzada que conducía á Xaltocan, situada al extremo del lago de San Cristóbal. La ciudad fundada en una isla, no tenía mas entrada que el camino seguido por los españoles; pero este camino

estaba cortado antes de llegar á la poblacion, y las aguas de la laguna con estrépito se desbordaban por aquel nuevo y profundo canal.

Hasta allí llegaron los primeros soldados: detenidos por el foso, se agruparon y desorganizaron, y así sucesivamente el resto del ejército, formando en la calzada una masa informe y sin movimiento. Los mexicanos, que como hemos dicho, seguían á los españoles, cayeron sobre ellos con denuedo, arrojando innumerables descargas de flechas y de piedras, que hicieron pensar á Cortés en buscar la retirada. Empeñóse esta con desorden; pero á instancias de un desertor, Cortés intentó el paso de la laguna por uno de sus vados, y penetró en Xaltocan, donde como en Cholula y en Ixtapalapan, hubo incendios y matanzas. Así prosiguió Cortés su camino hasta llegar á Atzacapotzalco, antigua é importante ciudad, rival de la capital del imperio mexicano, y que por uno de esos inexplicables fallos del destino habíase convertido en mercado de esclavos, despues de la muerte de Maxtlaton, suceso que con suma elegancia ha descrito en esta misma obra el Sr. D. Alfredo Chavero.

De Atzacapotzalco siguió Cortés su marcha á Tlacopan (hoy Tacuba), donde un fuerte destacamento mexica le salió al encuentro: la batalla fué reñida; pero los soldados de Cuauhtemoc comenzaron á retirarse en buen orden por la gran calzada que conducía á la capital, y que era la misma que tanto conocían los españoles por su derrota de la Noche Triste. Alucinado Cortés por el feliz resultado hasta allí conseguido, y creyendo ocupar á Tenochtitlan confundíendose con los vencidos, ordenó el perseguimiento, y él mismo se aventuró en la calzada. Imprudencia que repitió el conquistador algunas veces, y que no pocas le ocasionaron la derrota.

La retirada de los mexica no era ocasionada por la fuga, sino el efecto de una sábia combinacion militar ordenada por Cuauhtemoc, quien segun un historiador, mandó en persona esta batalla. Tan pronto como los que iban huyendo llegaron al primer puente que se encontraba en esta calzada, y

que estaba situado segun antiguas relaciones un poco mas allá del hoy Puente de Alvarado, volviéronse sobre los españoles con la velocidad del rayo, y haciendo frente á sus perseguidores, introdujeron el desorden en las filas españolas. Casi simultáneamente, y como por milagro, aparecieron en las aguas de la laguna que bordaba la calzada, multitud de canoas preñadas de soldados que rodearon á los españoles, ocasionándoles muchos muertos, y tomándoles un número considerable de prisioneros.

El estandarte de Cortés que llevaba un soldado apellidado *Volante*, estuvo á punto de caer en manos de los aztecas, y aun el mismo jefe español se vió en gran peligro. Ordenóse la retirada, que se hizo al fin con una notable pérdida, estableciendo el cuartel general en Tlacopan, adonde iban las fuerzas mexicanas diariamente á desafiar á los aliados de los españoles, dándoles el título de mujeres y cobardes, por no haberse atrevido á intentar solos una invasion á Tenochtitlan.

Durante los dias que permaneció Cortés en Tlacopan, repitiéronse los duelos personales entre los jefes de los tlaxcaltecas y los mexica. Estos combates ya se habian efectuado en tiempo de Gonzalo de Córdoba, entre españoles y franceses, en el suelo de Italia.

Pasados siete dias, Cortes dispuso la retirada para Texcoco, adonde llegaron las huestes iberas despues de sostener en la travesía serios y repetidos combates.

Por orden de Cortés, Sandoval marchó á Chalco á defenderla de las intenciones de los mexicanos. El jefe español obró prudentemente en su expedicion, y limpió el país de algunas fuerzas que amagaban la ciudad, practicado lo cual regresó á Texcoco.

## IX.

Ni el número de batallas hasta entonces dado, ni los descalabros que habían sufrido las tropas aztecas, habían podido introducir el desaliento en el espíritu del monarca mexicano, que con sumo ardimiento, ni lamentaba las derrotas, ni dejaba de preparar nuevas combinaciones militares, ya atacando á los españoles en sus expediciones y aun en sus cuarteles, ya amagando y hostilizando las ciudades que les eran parciales, como Chalco y otras. Comprendiendo Cortés que antes de intentar un sitio formal debía destruir las fuerzas enemigas que quedaban á su retaguardia, tanto para librarse de enemigos astutos y valientes, cuanto para mas afirmar la alianza de los pueblos que le ayudaban á la destrucción del imperio fundado por Acamapichtli, dispuso ir en auxilio de Chalco, y batir á las fuerzas mexicanas que tenían sus cuarteles en la orilla de la montaña.

Un lugar casi inexpugnable servia de refugio á los soldados tenochca; para intentar tomarlo, Cortés sacrificó mucha gente sin poder conseguir su objeto, teniendo que retirarse á la vista del enemigo. Mas feliz en la llanura, derrotó una fuerza que venia en auxilio del punto fortificado. Costean-

do la falda de la montaña, siguió Cortés su marcha á Cuauhahuac (Cuernavaca), donde tambien se le opuso una séria resistencia, y cuyo lugar fué tomado, segun cuenta Bernal Diaz, pasando de un árbol á otro por las ramas que se enlazaban, pudiendo así salvar la barranca que rodea la pintoresca ciudad.

La vuelta de los conquistadores no se hizo por el mismo camino que llevaron, sino siguiendo, con poca diferencia, el mismo que hoy nos une con la capital del Estado de Morelos, y que como se sabe pasa á un lado de Xochimilco, donde comienza á ascender la montaña hasta la Cruz del Marques. Luego que se empieza á subir la cordillera, descúbrese el panorama del valle de México, hermoso espectáculo que ofrece á cada vuelta del camino nuevos y variados encantos. Los lagos de Chalco y de Texcoco, apenas separados por los cerros de Ixtapalapan, se comienzan á dibujar en el panorama, al principio como una ligera línea de plata, pero subiendo mas, la línea se aumenta, hasta comprenderse toda la gallarda extension de nuestras lagunas. Xochimilco, casi á los pies del espectador, se esconde ruborosa entre múltiples arbolillos y entre las cañas del lago. La ciudad es populosa, y está hermosamente situada.

Estos encantos que aun todavia podemos admirar, contemplaron los españoles á su descenso de la montaña, y Xochimilco, (lugar de flores), fué la víctima inmolada. Esta ciudad muy poblada en aquel entonces, lo mismo que tantas otras de las que apenas conservamos los nombres, estaba construida sobre el lago, comunicándose con tierra firme por calzadas semejantes á las que tenía Tenochtitlan. Los conquistadores y sus aliados avanzaron por una de ellas, pero les detuvo un fuerte destacamento de flanqueadores, que despues de una ligera escaramuza emprendió su retirada hácia el centro de la poblacion. La calzada estaba interrumpida por un puente roto, detras del cual se hallaba una parte del ejército mexicano, que ya mas esperto en la guerra contra los españoles, habíase fortificado con fuertes palizadas que

le defendían del fuego de sus enemigos. Este punto pudo ser tomado arrojándose los ginetes al agua, y flanqueándolo fácilmente. Los aztecas se retiraron en buen orden á la ciudad, adonde fueron perseguidos por los asaltantes. Poco habian avanzado los españoles, cuando un nuevo destacamento vino con ellos á las manos, ocasionando en el ejército una completa desmoralización. Cortés quiso evitarla, batiendo personalmente á los nuevos combatientes; pero una caída de su caballo le privó de sus movimientos, siendo hecho prisionero en el mismo instante. Un tlaxcalteca y dos pajes de Cortés lograron sacarlo de manos de los mexicanos.

La población fué al fin tomada y entregada al pillaje, como casi todas las que se iban ocupando. No por esto dejaron los mexicanos de seguir combatiendo, no sabiendo qué admirar mas, si su valor ó su constancia.

Satisfechos los vandálicos deseos de españoles y tlaxcaltecas, pensóse en marchar hácia el lado de Coyohuacan; pero antes, dice Prescott, "hízose incendiar las combustibles casas de Xochimilco, como para demostrar á los habitantes de aquellas riberas, que los séres predichos por sus oráculos habian bajado del cielo, semejantes á un fuego que todo lo consume."

Coyohuacan habia sido abandonado por sus habitantes. De Coyohuacan siguió el ejército á Tlacopan, habiendo así dado la vuelta á los lagos, y reconocido y destruido los principales elementos con que contaba el imperio mexicano.

Tres semanas despues de haber salido de Texcuco, la antigua capital de los acolhuas, hacia en ella su entrada Cortés y su minorado ejército.

Varios refuerzos españoles que habian llegado al cuartel general, y el estar ya terminado el canal para botar al agua los bergantines, decidieron á Cortés á establecer el sitio.

La hora del sacrificio habia sonado para Cuauhtemoc.

## X.

Apenas vuelto Cortés de las campañas que hemos referido, se vió expuesto á ser víctima de la traición de algunos de sus soldados, que desesperados de soportar una vida de fatigas y combates, intentaron asesinar á su general. La conspiración fué descubierta y ejecutado uno de los conspiradores.

Por fin, los bergantines fueron lanzados á la laguna, suceso que fué estrepitosamente celebrado.

Los buques contruidos por Martín Lopez eran trece. Armóse cada nave con una pieza de artillería y un número respetable de españoles á las órdenes de un oficial. Cortés se reservó el mando de su nueva escuadra.

Dióse orden para que se moviese el ejército: á los tlaxcaltecas se les previno que se reuniesen en Texcuco, y á los demas aliados en Chalco. Los hijos de la república de Tlaxcallan fueron fieles á la cita, llegando á Texcuco en el plazo fijado bajo las órdenes de Xicotencatl. Cincuenta mil soldados mandaba la república, reuniéndose otros tantos, ó mas, en Chalco.

La expedición de Cortés al rededor de la ciudad, le hizo

distribuir sus fuerzas en tres grandes destacamentos, á fin de que ocupasen las extremidades de las calzadas principales.

El sanguinario Pedro de Alvarado fué destinado con el mando de uno de ellos á que ocupase Tacuba. Esta fuerza constaba de 30 caballos, 168 infantes y 29,000 aliados.

Cristóbal Olid recibió el mando del segundo, que debía ocupar Coyohuacan.

Gonzalo de Sandoval mandaba el tercero de la misma fuerza que el primero y segundo, y debía ocupar Ixtapalapan.

Un cuerpo de reserva debía situarse convenientemente.

Mas de cien mil hombres limpiaban sus armas para arrojarse sobre la vírgen del Anahuac.

Antes de partir de Texcuco, Cortés arengó á sus soldados é hizo leer á los indios unas célebres ordenanzas que habia hecho en Tlaxcallan, y que, como todos los documentos de su época, respiraba sangre y terror, y se hacia obedecer á infelices aliados que no entendian ni el idioma en que se les hablaba, ni las penas en que incurrian.

Víctima de estas ordenanzas fué Xicotencatl, quien disgustado porque un soldado español habia matado á un tlaxcalteca, habíase separado del ejército con ánimo de regresar á su país. Cortés, perdonésenos la franqueza, que no habia olvidado la guerra que le habia hecho el jóven general, ni el disgusto que manifestaba al lado de los españoles, encontró una ocasion magnífica de quitarse de un enemigo y de dar al ejército una muestra de su audacia.

Alcanzado Xicotencatl y conducido á Texcuco fué inmediatamente ahorcado, habiéndosele antes leído un ridículo proceso y una sentencia pilatuna.

Sus bienes, que eran cuantiosos, fueron secuestrados en beneficio de la corona de España.

Xicotencatl, heróico defensor de la independencia azteca, murió en la flor de su edad, víctima de los compromisos de familia y de partido, que le habian llevado al lado de los conquistadores, despues de haber sido el primero de sus ad-

versarios. Esto disculpa, si no borra, su cooperacion á la conquista.

Una vez llegadas las fuerzas á los lugares que se les habian destinado, Alvarado mandó destruir los acueductos de Chapultepec, que conducian la agua á la ciudad que defendia Cuauhtemoc. Las tropas aztecas trataron de impedirlo, trabándose una batalla en la que ambos combatientes tuvieron innumerables pérdidas. Parte del acueducto fué demolido, y desde entonces no volvió á llegar á la ciudad agua por aquel canal.

El infatigable Alvarado no descansó; y al otro dia atacó desesperadamente uno de los puentes que existían en la calzada, y que estaba defendido por numerosas tropas: el asalto fué terrible, pero heróica la resistencia, ante la cual tuvieron que retirarse los españoles, dejando la calzada cubierta de cadáveres.

En las operaciones que emprendió Cortés desde su llegada á Texcuco hasta el establecimiento del sitio, habian transcurrido los meses de Enero á Marzo de 1521. En todo este tiempo casi no habia pasado un dia sin ocurrir una batalla ó una escaramuza.

El emperador Cuauhtemoc, por su parte, no habia descansado un instante, ya organizando nuevas fuerzas, ya procurando para la poblacion toda clase de víveres, en caso de tener que soportar un fuerte asedio. Jamas, en cuantas acciones se trabaron, dióse el ejemplo de que unas fuerzas aztecas, por pequeñas que fuesen, se hubiesen rendido á los conquistadores. Habian recibido la orden de combatir, y morian combatiendo, en cumplimiento de su deber. La nobleza toda y los sacerdotes ayudaban eficazmente al emperador: pero á pesar de estos esfuerzos veíase con tristeza que el enemigo avanzaba diariamente, y que rodeaba la ciudad despues de haber talado y destruido las poblaciones mas importantes del imperio.

No obstante que una de las primeras medidas de Cuauhtemoc habia sido el alejar de la capital á los que pudiesen

inútilmente consumir sus víveres, esto habia sido imposible de realizar, porque pueblos enteros, al acercarse los españoles, abandonaban sus hogares, buscando en Tenochtitlan un refugio que creían seguro. De esta manera la poblacion habia aumentado considerablemente, al grado de que las plazas y calles públicas veíanse diariamente invadidas por una muchedumbre que vagaba lamentándose de su miseria.

Al saber Cuauhtemoc que Sandoval habia ocupado Ixtapalapan, aseguró á algunos de sus oficiales, que el sitio habia comenzado, y el valor azteca estaba á prueba. La confianza mas completa reinaba en todo el ejército, así como en el espíritu de Cuauhtemoc, quien tenia la seguridad de batir á sus enemigos, y de arrojarlos de sus dominios.

Si la civilizacion azteca hubiese estado un poco mas adelantada; si los mexicanos hubieran siquiera conocido el fierro, y hubieran hecho de él sus armas, indudablemente que la conquista se habria retardado algunos años, y quién sabe si algunos siglos, pues la situacion política de España, que vino á salvar en gran parte la adquisicion de la América, no era la mas á propósito para llevar á cabo tan colosal empresa.

Los soldados aztecas, desnudos y mal armados, no temieron nunca batirse cuerpo á cuerpo con los españoles perfectamente armados, y defendidos por formidables corazas. Sus mismos aliados habian mejorado su armamento; y mas que todo habian traído á los conquistadores un contingente numeroso, que les permitia asediar la mas importante ciudad de la América.

Si los servicios de estos aliados pudieran apreciarse en todo su valor, ha dicho un escritor contemporáneo, indudablemente Cortés descendería algunos escalones del enorme pedestal en que se le ha colocado.

## XI.

Conociendo Cuauhtemoc que solo le quedaba para comunicarse con tierra firme, la parte de la laguna, intentó destruir la flotilla de Cortés, para lo cual un buen número de canoas surcaron las aguas de Texcoco. No es difícil comprender que las mejores condiciones marineras de los bergantines españoles, y el poderoso auxilio de su artillería, habian de destruir las débiles canoas de los aztecas, muy recargadas por el peso de los guerreros que cada una contenia. Así sucedió en efecto, teniendo que retirarse á México las pocas canoas que pudieron huir al alcance de los buques españoles.

Cortés habia establecido su cuartel general en la calzada, á media legua de la poblacion, en el lugar en que hoy está la garita de San Antonio Abad. Esta calzada de gran anchura permitió á los españoles construir á ambos lados sus cuarteles, y fortificar el punto con algunas piezas de artillería retiradas de los bergantines.

Cuauhtemoc trató de impedir el establecimiento de los españoles; pero esto fué imposible, por estar fortificado y numerosamente defendido.